

La espuma de los días

En vuelo con Jenaro de la Colina

José de la Colina

¡Sube, sube, pero sube!, grita tu padre, que está asombrosamente joven, y te palmorea un hombro, pues ha montado contigo en el sueño y a la vez en este silencioso avión planeador, y el soñador, tú mismo aunque otro, sabe o intuye que estás soñando, y entonces no habría peligro, así que decides actuar y tiras de la palanca de mando del planeador, pero este se empeña en descender, es un aeroplano sin motor que has construido de varas de madera y sábanas en la azotea de Izazaga 52, ayudado por tu hermano Raúl, que se ha quedado allá abajo, reclamando a gritos no volar también él, y ahora el planeador sobrevuela el ajedrez de azoteas de la Ciudad de México, que no es enteramente la Ciudad de México, parece querer ser otras ciudades, y con cuánta libertad se flota en la tarde clara y amplísima, al azar del viento que te acaricia el rostro y te hace aletear los cabellos, pero el planeador está perdiendo altura, papá vuelve a palmorearte el hombro, grita ¡sube, sube!, ¡te digo que subas!, y el aparato, que flota torpemente, volando a tumbos como un pajarraco borracho o herido, está rasando tendaderos y azoteas y chimeneas, y baja aún más, baja tanto que está a nivel de las azoteas y va rozando techos de autobuses y tranvías, de modo que pasan ventanas a los lados y puedes oír las radios de las casas, esas músicas, esas canciones que al soñador se le van metiendo en el sueño para fechar este tranco de lo soñado, o al menos situarlo en los años cuarenta,

con el apagón qué cosa sucede,
mujer si puedes tú con dios amar,
yo ya me despedí de los muchachos
porque mañana voy para la guerra,
uno dos y tres
qué paso tan chévere
el de mi conga es,



Jenaro de la Colina

y las alas del planeador rozan y rompen ventanas y vitrinas y tragaluces de las calles de Isabel la Católica y Bolívar y República del Salvador y las avenidas San Juan de Letrán y Niño Perdido, y sobre todo la calle de López, a la que se diría que el planeador se empeña en volver despues de cada vuelo circular sobre el Centro de la ciudad, y flota a diversas alturas en esas calles y avenidas y algunas plazas, la ciudad es la misma y es otra, ya sabes que los sueños gustan de la metamorfosis y el disfraz, y unos transeúntes alzan la cabeza y miran hacia arriba y comentan quién sabe qué entre ellos, y tu padre susurra a una de tus orejas, esos también son refugachos, y míralos, están muertos, y te vuelves un momento a preguntarle por qué todos están calvos y él no, él tiene todo su cabello, y lo tiene negro, pero acaso estaba muerto y ha renacido, míralo, ha vuelto a ser como en sus fotos de los veintitantos años, y te parece que aunque refunfuñe goza con esto de volar en aeroplanos improvisados, él, Jenaro de la Colina, que mientras vivía muy pocas veces se ha permitido visitar un sueño tuyo, y ¡sube,

sube, te ordeno que subas!, grita Jenaro, ¿no ves que nos vamos a escacharrar contra el suelo?, ya te tengo dicho que debía manejar yo el chisme este, ahora mira lo que ocurre, ¡nos vamos a romper la crisma!, y tiras de la palanca de mano apretándola contra el pecho, y el planeador por fin se alza con un salto, qué bien, es que el viento de la Historia está embistiéndonos por debajo de las alas, pero, cuidado, se dice el soñador, ¿cómo que el viento de la Historia?, esto no es un verdadero sueño, alguien lo está escribiendo, y los sueños escritos no cree nadie que fueron soñados, y la Ciudad de México pasa por abajo, borrosa por las nubes y la velocidad, y dónde estará la casa ¿y qué casa?, ¿la de Santander o la de Bruselas, o la de la isla Santo Domingo o la de Pachuca?, tal vez ninguna, pues ahora el sueño se va debilitando y van esfumándose las casas, los nombres, las voces, los rostros, y el soñador va braceando hacia arriba, hacia la superficie, y de un puntapié ha empujado enérgicamente hacia abajo a ese que en su caída va dejando de ser el soñador, pues ya va a despertar... **U**